

## ¿El mundo se acaba?

El día de la muerte de su madre, Manuel sintió que el mundo se le venía encima. En poco tiempo su vida había cambiado de cabo a rabo: como hermano mayor, tenía que encargarse de la casa y de sus hermanas. Por ratos pensaba que no podía ser tan difícil, y por ratos que las cosas se habían puesto negras como el carbón.

Los vecinos del barrio hicieron una colecta y los acompañaron durante el velorio. En la cabeza de Manuel resonaban las palabras que le dijo su mamá antes de morir:

–Tú eres el mayor, tienes que cuidarlas.

No podía derrumbarse: ¡trece años y tremendo lío! En el barrio nadie podía encargarse de tres muchachos solos: ya bastante les costaba atender y cuidar de su hijos.

Luego del entierro, todo el cansancio se le vino encima. Se echó en el catre y trató de dormir, pero Rosita todavía estaba despierta y se moría de hambre. Fue a buscar a Emilia, que era la encargada de cocinar cuando su mamá no estaba, pero ya estaba dormida y no quiso despertarla. Para suerte de Rosita, en el rincón que les servía de cocina encontró restos de sopa del almuerzo anterior y un plato de fideos. Le provocó llorar, pero

ahí estaba Rosita. Calentó la comida, y de golpe, se dio cuenta de todo lo que le había caído sobre los hombros. “Algo tengo que hacer, y ahorita”, pensó.

Cuando Rosita se durmió, Manuel ya no tenía sueño. Entonces salió a pasear un rato para despejar su cabeza. No había plata ni comida, el querosene no duraría mucho y al día siguiente todos tendrían hambre. Por un momento pensó en robar algo o en pedir limosna a los vecinos, pero el recuerdo de su madre lo avergonzó: ella, mal que bien, los había criado con la venta de caramelos y chocolates.

Manuel recordó la última vez que se peleó con su madre. Ella no quería vender cigarrillos sueltos por nada del mundo. “Eso se vende un montón”, le decía Manuel. “Eres terca, tú, ¿por qué no quieres?”. “Da cáncer”, contestaba ella con su acento provinciano. “Me das cólera, tú, ¿acaso te va a dar cáncer a ti? ¿Qué te importan los demás? ¡Más deberían importarte tus hijos!”. Pero ella, porfiada, no quería.

No hablaba mucho su madre. Ni siquiera se quejaba. Manuel no sabía ni cómo se llamaba su padre. ¿Sería el mismo de Emilia, el mismo de Rosita? Sólo recordaba haber visto crecer la panza de su madre la última vez, pero hombres, nunca había visto en su casa. Tal vez fuera mejor, porque conocía cada papá que le daban escalofríos de sólo imaginar que uno de ellos viviera en su casa.

En eso estaba, divagando, recordando la imagen de su madre por las mañanas, con la bandeja llena de caramelos y chocolates que ellos sólo podían mirar. Los

domingos sí le regalaba uno a cada hijo. Por eso le gustaban los domingos. Pensaba que eran sus días de suerte. Además, era domingo el día que se encontró un monedero en la calle con cien soles. ¡Cien soles! Qué alegría sintió. Pero después esa alegría se borró, porque su mamá pensó que se lo había robado y le dio unos buenos cocachos. ¡Qué cólera!

Pero así era ella y ahora ya no importaba. Le hubiera perdonado hasta los cocachos que le dio si volvía; le hubiera pedido que lo agarrara a cocachos si volvía; le hubiera ofrecido su cabeza para que la llenara de cocachos si volvía. Pero ya tenía edad suficiente para saber que su mamá no volvería, que nunca más podría jurarle que no se había robado el monedero y que no tenía ni la menor idea de quién podía ser su dueño. Desde ese día era huérfano. Se sentó en un murito y, ahora sí, se puso a llorar.



Así lo encontró Pablo. Pablo era un poco mayor que él y también estaba solo en el mundo, pero tenía más tiempo de soledad y mucha más experiencia. A veces andaba por el barrio y era bueno jugando fútbol. Se las arreglaba para sobrevivir con una habilidad que a Manuel le hacía falta, sobre todo ahora. A Pablo se le veía lustrando botas, lavando carros, limpiando lunas. Detrás de sus ojos brillantes siempre había una idea nueva. Era como si estuviera lleno de energía y ganas de vivir. Por eso a Manuel le dio vergüenza que lo viera llorando. Pero Pablo no se burló de él. Se sentó a su lado sin decir nada hasta que lo vio más tranquilo. Entonces le dio una palmada en la espalda y le dijo:

—No vayas a dejar que los metan al orfanato —él sabía lo que decía, porque había pasado algunos meses ahí—. Es horrible.

Cuando Manuel oyó la palabra ‘orfanato’ se asustó, porque nunca había pensado en esa posibilidad. “Pero ahí no nos faltaría comida”, pensó.

—Ni se te ocurra —dijo Pablo, como si hubiera leído su mente—. De verdad que es horrible.

Manuel y Pablo se quedaron conversando un largo rato. Ahora, los dos estaban solos, y esa soledad los acercaba. Al despedirse le dijo:

—Mañana me caigo por tu casa con un poco de pan y té. Ahí pensamos qué podemos hacer.

Manuel ya se había olvidado de que al día siguiente, en la mañana, todos tendrían hambre.

Esa noche, Manuel no soñó con su madre, ni con Pablo, ni con sus hermanas. Soñó con una casa clara y ordena-

da, llena de muchachos correteando por todos lados y metiendo bulla. Despertó con nuevos bríos, y cuando se estaba lavando la cara, escuchó llegar a Pablo.

Los cuatro niños desayunaron en silencio. Cuando terminaron, Emilia se fue a enjuagar los tazones y Rosita la siguió. Los esperaba un largo día y había que ingeniárselas para comer.

—Vámonos los cuatro, a ver qué se nos ocurre —dijo Pablo.

Manuel aceptó al toque: todavía necesitaba obedecer a alguien.

Ese día no les fue muy bien que digamos, pero al menos no les faltó qué comer. Cuando las chicas se fueron a dormir, los amigos se sentaron en el catre de Manuel y Pablo sacó un cigarrillo.

—A medias —ofreció.

Manuel le tenía un poco de miedo al tabaco —se acordaba de las discusiones con su madre—, pero no quiso quedar como un pavo y se chupó una pitada que lo dejó mareado.

—Fuma tú nomás. Da cáncer —dijo, y se sorprendió al escucharse repitiendo las palabras de su madre, casi con el mismo acento.

Cuando estaba por terminar de fumar, Pablo se puso solemne y le anunció que le iba a contar un gran secreto. Manuel, que se estaba cayendo de sueño, abrió los ojos como dos platos y escuchó con atención las palabras de su amigo.